

Alejandra Parejo

UNA MADRE

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Alejandra Parejo Mondragón, 2023

Autora representada por la Agencia Literaria Editabundo, S.L.

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2023

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-144-1

Depósito legal: M. 191-2023

Printed in Spain

A Marc

Todo el espacio que era mío ha pasado a ser de él. Por más que intento acomodarme entre las sábanas y dar vueltas en distintas posturas imposibles en este lugar en el que siempre me ha gustado estar, algo repele mi cuerpo, que se mueve y se mueve por mucho que intente resistirme. Las noches me han parecido eternas siempre, pero estas semanas tienen una dimensión y una oscuridad tan desafiantes que temo su llegada cada vez que empieza el día. Espero la desgracia del no dormir, de las horas a solas, de la pausa que acecha, sigilosa, de la tortura que trae el conticinio. He dejado la persiana abierta para ver si se cuela algo de luz de las farolas. También he cambiado de sitio la lámpara roja de vidrio que me regaló la abuela. Ahora está en el suelo, en una esquina de la habitación, y así me deslumbra menos, pero me da luz suficiente para ver si pasara algo —un hombre que entra a tientas— y, a la vez, da pie a que la melatonina se libere —si es que eso me ha pasado alguna vez desde que él está aquí— y pueda descansar algo. Mi orden ya no existe. Ahora se esparcen por todas partes biberones pañales gasas chupetes tetinas cremas botes con leche de fórmula pijamas sucios bodis sucios mi ropa llena de leche pañuelos toallitas papel higiénico agua en termos.

No soporto el llanto que, aunque hueco y lento, se me engancha al tímpano y lo oigo aun cuando no suena. Es como un eco, un ruido lejano que a veces se acerca y se adhiere a todo. Que sea de noche solo incrementa la incertidumbre, y ha cambiado tanto mi percepción del paso del tiempo que ya no sé si él llora demasiado o algo no funciona dentro de mí y he dejado de ser capaz de gestionar bien la caída de los párpados.

Me paseo por la habitación con el niño entre los brazos. Cierro los ojos mientras repito solo un segundo, no me duermo, no me duermo y no sé si me duermo o no, pero abro los ojos con un vuelco, una palpitación que no reconozco, como si mi corazón estuviera envuelto en una pompa de aire denso. Enseguida vuelvo al mismo ritmo: reboto, me pongo de puntillas, me balanceo. El móvil marca las 4:05. Llevo cuarenta y cinco minutos reproduciendo los mismos gestos para ver si así se calma, si coge el sueño, si coge el sueño y se duerme unos días, si, aunque sea, se duerme el tiempo suficiente para cerrar los ojos sin culpa, sin sentir que se me escurre. Ya nunca puedo estar tumbada en la cama mirando al techo sin hacer nada. Ya nunca pasa. Llora, se queja, se retuerce. Observo la habitación en penumbra. Su invasión es tan palpable que me tropiezo en cada esquina con algo suyo. Lo ocupa todo. De lo mío queda poco. Los restos son esos tres libros que nunca terminé y que están en la mesita de noche como apoyo para un par de chupetes, un babero y una crema hidratante para el culo.

Desde que nació, pienso en ella a diario; el niño es un recuerdo constante de lo que no me dieron. A menudo pienso en la posibilidad de huir, de dar marcha atrás y tomar una decisión diferente, porque el peso de esta responsabilidad me ahoga, y me doy cuenta muy rápido de que eso nunca va a pasar. ¿Le ocurrió eso a mi madre? A lo mejor se ahogó entre

tanto llanto y se dio cuenta de que todo esto no era para ella —y entonces qué— y huyó como pudo.

Cuando llega la mañana todo se apacigua, menos el recordatorio de que la noche volverá con todas sus sombras. La luz inunda la habitación. Lo miro. Está tumbado boca arriba con las manos relajadas. Sus rasgos me parecen ahora más suaves. Es como si supiera que lo miro, porque empieza con un llanto bajito que es una simple queja, como si me dijera: venga, despierta, llévame a desayunar. Me gustaría decirle que todavía no estoy lista, que necesito dormir un rato, y que él asintiera, se diera la vuelta y volviera a dormirse hasta que los ojos dejaran de pesarme. Como no hago nada, el niño llora. En pocos segundos el llanto es alto y duro. Me muevo todo lo rápido que mi cerebro puede, sin coordinar demasiado las piernas. Tengo la frente húmeda y el cuerpo se me calienta mientras algo en el estómago se esparce; es una sopa con guindilla que arde por todas partes. Cojo al niño con torpeza, pero me aseguro de no caerme mientras doy marcha atrás pasando por encima de una zapatilla que hay en el suelo. Tengo algo mojado en las manos. Cuando miro entre los dedos, me encuentro una masa de color amarillo que traspasa también el pijama del niño, que sigue llorando con la boca muy abierta y la barbilla palpitando. Soy una mala madre. No soy capaz ni de oler la mierda de mi hijo porque relleno las horas de quejas y quejas, de viajes al pasado, cuando todavía podía no hacer nada sin sentirme culpable —quién soy— en vez de estar pendiente de lo que tengo que estar.

Entro en la ducha con el niño pegado a mí. Está apoyado en mi pecho como si todavía fuera un feto arrugado dentro de mi útero. El agua cae despacio por encima de los dos mientras su llanto se silencia. Es tan vulnerable, tan pequeño. Es parte de mí, ha salido de mí, y aun así hay momentos en los que no lo reconozco, como si fuera un animal que ha llamado

a la puerta de casa y me veo en el deber de hacerle hueco por su falta de conocimiento de este mundo tan extraño. ¿Le pasaba esto a ella? Puede que nunca me hubiera reconocido del todo y eso le hubiera hecho abandonar el esfuerzo que conlleva enseñarle a vivir a alguien cuando ni tú misma sabes cómo se hace.

Deja la cabeza apoyada en mi pecho. Mantengo la mano en su espalda mientras el agua cae por nuestro cuerpo. Llevamos cuatro semanas juntos. Esto es para siempre, para siempre, para toda la vida, para todos los días que me quedan. Recuerdo cuando Oliver me decía: hoy te quiero para siempre. Lo decía como algo reversible, con la libertad de tener la posibilidad de elegir un rumbo diferente en cualquier momento, pero con la certeza de que ese instante era absolutamente real, sin ningún tipo de obligación. Aquí no hay espacio para darse la vuelta. Intento esforzarme y recordar que pasará, que volveré a dormir y él tendrá su habitación, donde dormirá ocho horas, diez horas, doce horas, y yo, mientras tanto, contemplaré de nuevo el techo sin sentir que debo poner la alarma, despertarme, no dormirme, estar alerta, pendiente de cualquier movimiento, si respira, no respira, la manta le tapa la nariz, la muerte súbita, los cólicos, la leche que le sube y se ahoga si está boca arriba y todas esas cosas que se multiplican y amontonan en el pecho.

Vuelve a llorar y, cuando lo miro, está con el agua por la cara. Tiene los ojos llenos de miedo. Cierro el grifo de un manotazo. El llanto es desgarrador y se me clava por todas partes. Ese sonido es capaz de hacer que me duela todo el cuerpo.

Ya está, ya está, perdón. En qué momento.

Suena el teléfono. Salgo de la ducha con equilibrios torpes, cojo la toalla y se la paso por la cara. Tengo al niño mojado en las manos cuando descuelgo el teléfono.

¿Sí?

¿Bruna Márquez?

Sí.

El llanto sube de volumen. Muevo la lengua para intentar chasquearla y que ese sonido funcione como otras veces, pero el niño llora como si llevara un día entero sin comer.

Perdone, sí, soy yo.

Y dice casi sin respirar: la llamamos del hospital Obispo Polanco, nos ha dado su teléfono su madre, verá, la señora Márquez lleva unos días ingresada y ha llegado el momento de darle el alta, pero no tiene a nadie que la pueda ayudar, nos ha confirmado que es usted su hija, se ha negado a llamarla, pero es nuestro deber informarla de la situación, ya sabe, entre su situación mental y esto, es que no puede estar sola ahora mismo.

Es ella. Es ella y confirma que soy su hija. Soy hija, quiero ser hija. ¿Ha dicho que se ha negado a llamarme? No sé qué contestar, me quedo callada hasta que la señora pregunta si estoy ahí. Su situación mental. ¿Por qué no llamamos a las cosas por su nombre? ¿Por qué evita decirlo? Como si solo al nombrarlo pudiera entrar en ti y quedarse anclado en el cerebro. Quiero decirle: dilo, dilo. Lo único que le digo es: perdóname, ahora no puedo hablar. Cuelgo.

Muerdo la toalla para sujetarla y envolver al niño. Suelto el teléfono y cae al suelo y en un momento me imagino que soy yo la que llama a esa señora que espera que pueda ayudar a mi madre, pero en mi imaginación ese teléfono está roto, lleno de cristales que me cortan los pellejos, la carne, y no conecta, no coge nadie el teléfono. A veces me asustan los pensamientos tan trágicos que tengo. Quizá me pasa lo mismo que a ella. No voy a ir. Ella se fue y no volvió. Se ha negado a llamar. Se ha negado a llamar. No quiere nada de mí, no lo quiere ni cuando lo necesita. Quizá no sabe que lo necesita. Su situación mental, dice. Lo digo en voz alta:

Bipolar.

Bipolar.

Bipolar.

El niño me mira. Ya no llora. Tiene el cuerpo húmedo, envuelto en la toalla. Siento que me cuestiona, que él tampoco entiende nada. Me parece imposible que un día alguien lo implantara dentro de mí.

Todavía recuerdo el miedo que me daba moverme por si al hacerlo se desprendía. Cerraba los ojos, apretaba los músculos, el ano, las nalgas, la vagina; apretaba todo lo que podía y aguantaba el aire. La realidad es que la doctora me dijo que podía hacer vida normal, que solo evitara cargar con cosas pesadas, pero me costaba hacerme a la idea de que se iba a quedar en el lugar en el que debía hacerlo, por si volvía a pasar. Ese día, antes de ir al hospital, dejé todo listo. En la nevera tenía tupperes para toda la semana. En cada uno tenía la ración justa para alimentarme de forma adecuada sin tener nada que hacer más que calentar y servir. Para la primera comida decidí organizar el plato como en los libros de nutrición que había leído: un cuarto de verduras, otro cuarto de hidratos, y el resto, proteína. Judías, patatas hervidas, huevo duro. Brócoli, calabacín, arroz blanco, tofu firme. Repasé el resto con la mirada. Dejé la colada hecha, todas las lámparas encendidas, las pastillas con el ácido fólico al lado de la bandeja que utilizaba para comer, el termómetro y la crema antiestrias. Todo listo, organizado, sin espacio para el error —ya, claro— y con el control suficiente para estar tranquila. Empecé a untarme la crema un día antes de la fecundación porque había leído que, cuanto antes empezara a ponérmela, menos riesgo existía de llenarme de roturas por la tripa, las ingles, el pecho, los brazos. Siempre adelantada, impaciente, con la vista en lo que vendrá, capaz de imaginarme todas las desgracias posibles antes de que lleguen.

En el hospital me dijeron que mi útero necesitaba saber que todo estaba igual que siempre para aceptar esa nueva vida. Hacía cosas parecidas, excepto ir a trabajar, porque me cogí días de vacaciones para estar tranquila. Decidí caminar 7302 pasos al día para compensar los pasos que no daba hasta mi trabajo. Ese día en mi útero ya flotaba un embrión AA, uno que, según la doctora, era de una calidad excepcional. Imagina a todos los seres humanos antes de nacer: todos en un listado que alguien debe estudiar para decidir si son aptos o no. En esa lista están algunos un poco malvados, quizá otros inseguros, psicópatas, simpáticos, algunos tan buenos que les tomarán el pelo, los excepcionales —a saber qué tipo de otra cosa trae consigo la excepcionalidad—, los que están llenos de ira y mal carácter, los dulces, los sensibles, los hipersensibles —qué duro, qué belleza, sufridores sin límite, de lágrima fácil— o los que nunca tienen frío, los que tienen adicción a la adrenalina y persiguen sensaciones fuertes. Imagínatelos a la espera de ser elegidos. ¿Y lo genético? ¿Qué pasa con la herencia genética? Me costaba mucho imaginarme cómo iba a ser el mío. No tener la posibilidad de conocer al padre era desesperante. Los donantes no quieren tener hijos que vayan a buscarlos, tampoco hijos que los reconozcan y les digan: papá, me debes algo, papá, dame más, papá, merezco que me digas quién eres, dónde estás. Lógico, claro. Yo tampoco querría un padre que viniera a pedirle nada a mi hijo.

Miro al niño. Le susurro: aquí estás. Le beso la frente y él me deja hacer. Eso hacen: confían. Tienen la inocencia suficiente para sentir que todas las intenciones son buenas, y eso me da pavor. A las dos horas, el teléfono vuelve a sonar. Reconozco los números. Podría imitar su voz compasiva. Tal vez esa señora se haya hecho amiga de la señora Márquez, a lo mejor le pregunta qué tal está, cómo se encuentra hoy, quizá quiere galletas María o le apetece más un poco de piña, el

médico pasará a verla, seguro que mejorará, seguro que vendrá su hija y la ayudará, ya lo verá, señora Márquez, ya lo verá. No lo cojo. Termina la llamada y al instante vuelve a sonar. Si sigue sonando, se despertará el niño que duerme plácidamente en la cuna porque en mis brazos no quiere, se despega de ellos, mueve los pies como pegando patadas al aire, como echándome de allí.

¿Sí?

¿Bruna Márquez?

Sí.

Sí, mire, la llamo del hospital Obispo Polanco, porque

Ya.

Bueno, es que necesitamos darle el alta a su madre porque hay personas que tienen que entrar en la habitación, ya sabe.

¿Quizá podría pasar hoy a recogerla?

¿Perdone?

Sí, hoy, sobre las cinco.

Ya le he dicho que no. No puedo.

Verá, su madre no puede estar sola. ¿Cree que podría venir en algún momento? El hospital es Obispo Polanco, como a una hora de Calamocha.

Vuelvo a colgar. El niño se despierta llorando. ¿No puede despertarse sin llorar? ¿No existe posibilidad alguna de que se despierte y se quede sin hacer nada? Mi cuerpo se mueve solo hasta que lo cojo. No tengo que pensarlo, no puedo decidirlo. Reacciona ante su llanto con sumisión absoluta. Lo tengo de nuevo entre los brazos. Mueve el cuerpo con espasmos bruscos y aprieta los puños con fuerza. Demasiada, quizá, para tener solo cuatro semanas. El teléfono vuelve a sonar, pero lo único que hago es mirarlo, escuchar su vibración y el sonido que se repite se repite se repite y me muevo hacia delante y hacia atrás, balanceo los brazos mientras observo que en la frente del niño se borran las arrugas, se estiran los

párpados hasta convertirse en una piel tersa y blanda. Su boca hace una sonrisa, aunque eso sí lo sé porque lo he leído: no está sonriendo de verdad. Es solo una mueca. Sus pies y sus manos caen y flotan y se mueven con mi balanceo. El teléfono deja de sonar. Ese estado de tranquilidad que tiene ahora pasa pocas veces, pero cuando pasa, cuando consigo que se duerma plácidamente, es un destello de felicidad que me dice: ¿lo ves?, merece la pena. Me acerco su cuerpo un poco más a la piel hasta colocarlo, lo amaso como si fuera pan a punto de hornear y lo huelo, y su olor es algo parecido al calor de un horno de panadería de esos que se encienden de madrugada en un polígono frío. No sé si ella hizo esto conmigo, si sintió esta sensación, si me vio dormir entre sus brazos con esa confianza absoluta, si me protegió de los peligros que se multiplican por todas partes. ¿Lo hizo ella? A lo mejor todo esto ya lo hacía la abuela, como ha hecho tantas otras cosas por ella, mientras mi madre se paseaba por casa fumando un cigarro tras otro, o quizá ni siquiera estaba en casa, estaba en algún parque, bar, casa desconocida con esa manía suya de desaparecer. Quiero saber, ser capaz de preguntar qué pasó, por qué no volviste, pero hace tiempo que ni pregunto ni espero ni pongo expectativas en nada —¿acaso se lo merece él?—, porque no sé si puedo enfrentarme a esto. Noto que su mano, que colgaba, se mueve poco a poco hasta rodear un trozo muy pequeño de mi cuerpo, como si se agarrara a mí.

Cojo el teléfono, aprieto la tecla de llamar.

Hospital Obispo Polanco.

Soy Bruna Márquez, llamo por la señora Márquez.

Sí. Su hija, ¿verdad?

Podría llegar pasado mañana. Estoy en París y tengo que organizar todo.

Aquí la esperamos.

Cuando cuelgo, el niño descansa en mis brazos. No lo suelto. Duerme encima de mí y no es algo que suceda a menudo. Tengo la sensación de que si lo suelto va a volver a llorar y si vuelve a llorar no sé qué voy a hacer con ese sonido, con esos ojos que se arrugan y con las lágrimas, porque ya tiene lágrimas, y no sabía que los bebés tenían lágrimas tan rápido. Me entristece pensarlo. ¿Ya? ¿Desde tan pequeños? No quiero que las lágrimas sean tristeza. Lo mantengo encima de mí y me quedo inmóvil. Me siento con cuidado en una mecedora que tengo al lado de la cama. Me quedo quieta, sin moverme ni un milímetro, sin hacer nada más que mirarlo. Intento respirar sin hacer ruido. Lo observo descansar y es tan pequeño, tan diminuto, con la piel tan blanca sin manchas ni pecas ni arrugas que casi veo el movimiento de la sangre en sus venas, que recorren su piel a la espera de que algún rayo de sol se marque en sus facciones y se quede ahí para siempre.

Desde la mecedora observo todo lo que he construido —sola— desde que Oliver se fue. He podido —sola—, a la vista está, o por lo menos lo parece, pero me gustaría oír sus llaves en la puerta, sus pasos hasta llegar a la habitación y ver cómo apoya el cuerpo en el marco con sigilo. Cuando se fue, pinté las paredes. Estaba embarazada. Antes de hacerlo pensé en todas las cosas que podían ocurrirme al subir a una escalera —sola— y mover el brazo de arriba abajo, en cómo iba a llamar a una ambulancia si me caía, en si era recomendable estar algunas horas de pie, en si podía hacer ejercicio, aunque fuera leve, aunque no fuera ejercicio, solo movimiento. Busqué en Google y ponía que podía hacer movimientos con normalidad, algo que llevaba meses sin hacer. Tardé cuatro días en pintar veinte metros cuadrados. Era amarilla, ahora es toda blanca, excepto por una pared, la de la cama, que es de color verde botella. La casa de la abuela fue amarilla toda

la vida. Vivimos allí los tres, en pleno centro de Madrid, hasta que los dos murieron. Primero fue el abuelo Antonio con una de esas muertes que impactan por lo poco que te mueven por dentro, como si en realidad no fuera una muerte, como si no fuese nada. Primero dices: se ha muerto Antonio, y después preguntas: a qué hora llegan las pizzas. Hasta la muerte de mi abuela no decidí irme, no podía abandonar a la única persona que se quedó a mi lado. Ahora, desde esta nueva vida alejada de todo lo que un día fue la nuestra, una que en realidad nunca sentí mía, querría decirle: abuela, que voy a ver a tu hija, la que nos abandonó cuando yo tenía siete años, la que no quiso despedirse de su padre, la que no quiso despedirse de ti, la que nunca más apareció a pesar de las infinitas llamadas de teléfono, emails, cartas, abuela, que voy a ver a tu hija porque quiero deshacerme de esta pena —si es que se puede— y pertenecer a algo, contarle al niño: esto es lo que somos, de este lugar venimos, y olvidarme —si es que se puede— del enfado, la ira, de esta pena y este dolor que me desgastan.